

Decía el máximo escritor español que, “entre los pecados mayores de los hombres, Algunos dicen que es la soberbia, yo digo que es el desagradecimiento.” Esta cita debe ser complementada con otras. La Rochefoucauld, uno de los mejores conocedores del corazón humano, señaló que “casi todo el mundo tiene mucho gusto en demostrar su gratitud a los pequeños favores recibidos, pero apenas hay nadie que no guarde su ingratitud para los grandes”. Esta paradoja es tan notable que ya fue conocida por los griegos clásicos, quienes constataron la existencia de espíritus miserables, poseídos por la hbris, incapaces de sentir gratitud. En fin, los odios africanos que rigen las relaciones entre algunos profesores universitarios siguen todo el ritual de la muerte del padre académico, que un día fue un dios protector, que pasó de hada madrina a malvada bruja “No sé por qué se mete usted siempre conmigo –escribió Ricardo Vázquez Prada—si yo nunca le he dado un puesto de trabajo”. En suma, los grandes favores engendran más resentimiento que gratitud en no pocas personas.. Por eso es tan admirable la reacción generalizada de gratitud hacia don Pedro Caravia, en el centenario de su nacimiento, teniendo en cuenta que los favores que sus discípulos y alumnos recibimos de él fueron de rango máximo. Nada más valioso, en un hombre eminente, que su tiempo. Pues bien, don Pedro derrochó, sin limitación alguna, su tiempo con cuantos alumnos y discípulos tuvieron a bien acceder a su magisterio y a su amistad. A cambio, recibió un reconocimiento en vida dado a muy pocos, ya que fue el primer asturiano que recibió el título de Hijo Predilecto del Principado en los actuales tiempos democráticos. Ahora mismo, está siendo generalizada la participación de sus antiguos alumnos en los actos que se celebran en recuerdo de don Pedro. De muy pocos de quienes se beneficiaron de su magisterio impagable podrá decirse aquella copla que el pueblo dedica a los desagradecidos:

El que fue servilleta y llegó a mantel
No hay quien pueda con él.

Poesía y verdad. El famoso título de Goethe podría servir como lema de la vida de don Pedro Caravia. El mismo lo señalaba poco antes de su muerte, en 1984: “Mi vida fue una reflexión sobre la poesía y el arte”. Se trata de una temática común a otros filósofos de su generación. Gadamer, el recientemente fallecido filósofo alemán, se pregunta, igualmente, “cuál es la verdad a que se accede desde la experiencia estética.” Y María Zambrano tiene la “razón poética” como uno de los motivos fundamentales de su meditación. Del mismo modo que ha habido intentos reiterados de reducir las matemáticas a lógica o de unificar metodológicamente las distintas ciencias, don Pedro pertenece al grupo de pensadores que han explorado las conexiones entre la razón filosófica y la razón poética, que, incluso, soñaron con unificarlas en alguna medida, tal como ocurre en su poema en prosa “El Origen del Espacio”. Ya que el arte y la poesía son, para don Pedro, mucho más que saberes instrumentales o, incluso, que una parte del conocimiento humano, “porque a ellos se reduce la vida entera humana, puesto que la manera auténtica de vivir la vida es, capitalmente, imaginarla”.